

## **SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS**

**1ª lectura** (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

**Salmo** (66, 2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga».*

**2ª lectura** (Gálatas 4,4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

**Evangelio** (Lucas 2, 16-21): *Encontraron a María y a José con el niño.*

María se inicia en la fe de la mano de sus padres. Según la tradición apócrifa, asumida después por la Iglesia, san Joaquín y santa Ana. De ellos recibe los rasgos que identifican la tradición religiosa judía: la identidad de Israel que va indisolublemente unida al acontecimiento del Éxodo, la visión que tiene del mundo tiene a Yahveh como centro, frecuencia en la oración, fiestas sociales con una fuerte carga religiosa...

Puede ser un atrevimiento, pero al recitar el «Shemá»: *«Escucha Israel: nuestro Dios es uno solo, amarás al Señor tu Dios...»*, no es arbitrario intuir que esa Palabra de la Ley conectaba con su identidad personal más íntima: “Ser escucha”. Escuchar y amar configuran la existencia de María y poco a poco el Espíritu Santo la va preparando. ¿Cómo? Concentrando toda su existencia en estos dos pilares: “escuchar y amar”. Más adelante se dará cuenta de que no tiene otra cosa que hacer más que escuchar y amar.

El texto del Evangelio de hoy nos recuerda que María, al ser visitada por los pastores (curiosamente un grupo considerado por el judaísmo oficial como “pecador”), y al escuchar lo que se decía de su Hijo, calla y medita en su corazón, es decir, en silencio. Pronto empezará a escuchar que la liberación de Israel ha de venir de la mano de la violencia contra los invasores. Por dentro, sin embargo, ella experimenta otra cosa. No busca explicaciones. Confía en Dios y se abandona en Él.

**María, engendra al Príncipe de la paz.** Y lo hace, en primer lugar, diciendo «SÍ» a la propuesta de Dios, el Dios de la paz. En segundo lugar, desde su situación, como mujer en el ambiente judío, que no pintaba nada. Si, además, vive en un medio rural, su trabajo se duplica. Dureza de existencia que ponía a prueba la fortaleza del cuerpo y, sobre todo, la de su psiquismo.

Cuando imaginamos que en ese ambiente no es posible la grandeza de espíritu, María viene a animarnos y ser testigo de que la vida interior se suscita cuando la persona sufre, asume su realidad y vive de fe, de esperanza y de amor. De esa libertad interior y de esa grandeza de espíritu el Espíritu Santo engendra, en el seno de María, al Príncipe de la paz: Jesús de Nazaret, Mesías.

Un nuevo año invita siempre a la reflexión, a hacer memoria agradecida de lo acontecido en el transcurso del año que se fue. Recordar es aprender de todo aquello que nos ha ayudado a madurar, a crecer como personas, a avanzar en el camino de la vida y de la fe. Todo tiempo cronológico encierra en sí una pequeña contradicción. El tiempo no para, pero nos exige pararnos. Si no reflexionamos en el tiempo, este no se convierte en una oportunidad para vivir.

Jesús tuvo su tiempo; la Iglesia tiene ahora su tiempo; cada uno de nosotros tiene su tiempo y su historia. Reconocer el sentido del tic-tac de la historia nos enseña a comprometernos con ella y con todos los hombres y mujeres que lo habitan, a escucharlos como nos enseña María.

Cuando alguien se pone a la escucha, nuestro ser se reactiva. Lo escuchado tiene un momento en el tiempo. Dios nos invita a tener los oídos atentos, a escuchar los sucesos que nos han hecho sentir este año. Aquellos que nos han causado felicidad, nos han hecho vibrar de emoción, sentir que merecía la pena vivir, o aquellos que nos han comprometido con la realidad, nos han llevado a la comunión con lo pequeño, con lo indefenso, con lo que nos cuesta. María escuchando a los pastores, se alegra, goza en su presencia y tras guardarlo todo en su corazón, su escucha se vuelve anuncio y testimonio.

Guardar los acontecimientos en el corazón. No como una manera de olvidar, sino como un lugar al que recurrir. Meditar, evaluar, discernir, dejar posar y pasar el tiempo para lo que creo y espero suceda. María, mujer del silencio, de la espera paciente, de la palabra guardada, es un canto al corazón del cristiano, de esta Iglesia que sigue latiendo al ritmo de un tiempo nuevo.

El estilo de Dios sigue sorprendiendo: porque el amor auténtico siempre es discreto, poco ruidoso y primariamente escuchador. Dicen en la tierra de Aragón: *«El amigo es como la sangre; acude a la herida antes de que se la llame».*